

der la limpieza y puridad con que nos habemos de llegar á este sacrificio. Y vuélvese al pueblo diciendo que hagan oracion juntamente con él, para que aquel sacrificio sea acepto y agradable á la Magestad de Dios. Y despues de haber orado un poco secretamente, torna á interrumpir el silencio con el Prefacio, que es un apercibimiento mas particular con que el sacerdote se dispone á sí y al pueblo para este santo sacrificio, exhortándoles á que levanten los corazones al cielo y á que den gracias al Señor por haber bajado del cielo á tomar nuestra carne y morir por nosotros. «Bendito el que viene en el nombre del Señor, hosanna en las alturas,» que son aquellos loores con que le recibieron en Jerusalem el Domingo de Ramos (1): *Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth*, que son aquellas voces con que le están perpétuamente alabando los cortesanos del cielo, como dice Isaias (2) y San Juan en su Apocalipsi (3). Luego comienza el Cánón de la Misa, donde primero ruega el sacerdote al Padre Eterno, que por los méritos de Jesucristo, su único Hijo y Señor nuestro, acepte este Sacrificio por la Iglesia, por el Papa, por el prelado, por el rey. Y luego en secreto ruega á Dios por otras personas particulares, ofreciendo tambien el sacrificio por ellas, haciendo el primer Memento que llamamos de los vivos; y particularmente ofrece este sacrificio por los que están presentes (4). Y así es cosa muy provechosa asistir á la Misa; porque los que asisten á ella participan mas de los dones de Dios, como los que asisten á la mesa del rey, y como los que le salen á recibir cuando en-

(1) Benedictus qui venit in nomine Domini: hosanna in altissimis. *Matth. XXI, 9.*

(2) Isaias VI, 2.

(3) Apoc. IV, 8.

(4) Et omnium circumstantium,

tra en la ciudad; y como los que estuvieron al pie de la cruz, San Juan y nuestra Señora, la Magdalena y el buen Ladron. Rupert abad dice que hallarse presente á la Misa es hallarse presente á las exequias de Cristo nuestro Redentor. Luego se sigue la Consagracion, en que, como digimos en el capitulo pasado, consiste y se ofrece el Sacrificio de la Misa por todos aquellos de quien en el Memento se ha hecho mencion.

Pues, digo, que la mejor devocion que uno puede tener en la Misa, es ir atendiendo á lo que el sacerdote dice y hace, é ir juntamente con él ofreciendo este Sacrificio y haciendo, en cuanto puede, lo que él hace, como quien es parte en tan grande negocio como allí se trata y celebra. Y quando el sacerdote hace el Memento de los vivos, es bueno hacer tambien cada uno su Memento, rogando á Dios por los vivos; y despues el de los difuntos, tambien con el sacerdote. Nuestro P. San Francisco de Borja hacia el Memento de esta manera: presupuesta la consideracion dicha, que este Sacrificio representa y es el mismo que se ofreció en la cruz por nosotros, iba haciendo su Memento por las cinco Llagas de Cristo. En la Llaga de la mano derecha, encomendaba á Dios el Papa, y los cardenales, y todos los obispos y prelados, clérigos y curas, y todo el estado eclesiástico. En la Llaga de la mano izquierda, encomendaba á Dios el rey, y todas las justicias y cabezas del brazo seglar. En la Llaga del pie derecho, todas las religiones, y en particular la Compañía. En la Llaga del pie izquierdo, todos sus deudos, parientes, amigos, bienhechores, y todos los que se habian encomendado en sus oraciones. La Llaga del costado, reservaba para sí, y allí se entraba y acogia él (1), pidiendo á Dios perdon de sus

(1) In foraminibus petrae, in caverna maceriae, *Cant. II, 14.*

pecados y remedio de sus necesidades y miserias. Y así ofrecia este sacrificio por todas estas cosas, y por cada una de ellas, como si por sola ella le ofreciera; ofreciéndole siempre en particular por aquella persona ó personas por quien decia la Misa por obligacion ó devocion, con voluntad de que se le aplicase de aquel santo Sacrificio toda la parte que se le debia, sin que fuese defraudado en nada por los demas á quien lo aplicaba. De la misma manera hacia el Memento de los difuntos, ofreciendo aquel Sacrificio; lo primero, por la persona ó personas por quien particularmente decia la Misa; lo segundo, por las ánimas de sus padres y parientes; lo tercero, por los difuntos de su Religion; lo cuarto, por sus amigos, bienhechores, encomendados, y por todos aquellos á quien tenia alguna obligacion; lo quinto, por las ánimas que están mas desamparadas, que no tienen quien haga bien por ellas; y por las que están en mas graves penas y en mayor necesidad, y por las que están mas cerca de salir del Purgatorio, y por las que seria mayor caridad y servicio de Dios ofrecerle. Así habemos de hacer nosotros de esta ú otra manera, como cada uno mejor se hallare. Y particularmente habemos de ofrecer este sacrificio por tres cosas, que entre otras muchas nos tienen muy obligados y cercados por todas partes; la primera, en hacimiento de gracias por los beneficios grandes que habemos recibido de la mano de Dios, así generales como particulares; la segunda, en satisfaccion y recompensa de nuestros pecados; la tercera, para pedir remedio de nuestras necesidades y flaquezas y alcanzar nuevas mercedes del Señor. Y es muy bueno ofrecer cada uno á Dios este sacrificio por estas tres cosas, no solo por sí mismo, sino tambien por los prójimos; ofreciéndole, no solo por los beneficios que él ha recibido, sino tambien por

las mercedes tan grandes que ha hecho y cada dia hace á todos los hombres. Y no solo en satisfaccion y recompensa de sus pecados, sino de todos los pecados del mundo, pues basta y sobra para satisfacer y aplacar por todos ellos al Padre Eterno. Y no solo para pedir remedio de las miserias y necesidades propias y particulares, sino de todas las de la Iglesia. Y en esto se conforma uno mas con el sacerdote que lo hace así; fuera de que la caridad y celo de las almas pide que no solo tenga una cuenta con su particular, sino con el bien comun de la Iglesia. Y generalmente es bueno ofrecer este sacrificio por todo aquello que Cristo le ofreció estando en la cruz. Y será bueno ofrecernos tambien á nosotros mismos, juntamente con Cristo, en sacrificio al Padre Eterno cada dia en la Misa por estas mismas cosas, sin quedar nada en nosotros que no se lo ofrezcamos. Porque aunque es verdad que son de muy poco valor nuestras obras de suyo; pero teñidas en la Sangre de Cristo y en union de sus méritos y Pasion, serán de mucho valor y agradarán mucho á Dios.

San Crisóstomo dice (1) que la hora en que se ofrece este divino sacrificio es el tiempo mas oportuno que hay para negociar con Dios, y que los ángeles tienen esta por una suavísima coyuntura para pedirle mercedes en favor del género humano, y que claman allí con grande ahinco por nosotros á Dios por ser el tiempo tan acomodado. Y así dice que están allí escuadrones celestiales de ángeles, de querubines y serafines, arrodillados con gran reverencia ante la Magestad de Dios; y que luego, en ofreciéndose este sacrificio, van volando estos correos celestiales para que las cárceles del Purgatorio se abran y se

(1) *Chrys. hom. 3 de incomprehensibili Dei natura.*

ejecute lo que allí se ha despachado. Y así es razón que nosotros sepamos estimar esta coyuntura y aprovecharnos de tan buena ocasión, y que vamos á la Misa á ofrecer este divino sacrificio con grande confianza, que por medio de él aplacaremos la ira del Padre Eterno, y pagaremos las deudas de nuestros pecados, y alcanzaremos los dones y mercedes que le pidiéremos.

La tercera devoción pertenece particularmente á la tercera parte de la Misa, que es desde el *Pater noster* hasta el fin, donde el sacerdote consume; y las oraciones que se dicen despues de la Comunión, todas son un hacimiento de gracias por el beneficio recibido. Pues lo que han de hacer entonces los que oyen la Misa, es ir también en esto con el sacerdote en cuanto pudieren. No podemos comulgar en cada Misa sacramentalmente, pero espiritualmente sí. Pues esta sea la tercera devoción de la Misa, que es muy buena y muy provechosa, que cuando comulga el sacerdote sacramentalmente, comulguen también espiritualmente los que se hallan presentes. Comulgar espiritualmente es tener un deseo grande de recibir este Santísimo Sacramento, conforme á aquellas palabras de Job: “¿Quién nos dará que nos hartemos de su carne (1)?” Así como al goloso se le van los ojos tras la golosina, así al siervo de Dios se le han de ir los ojos y el corazón tras este divino manjar, y cuando el sacerdote abre la boca para consumir, ha de abrir él la boca de su ánima con un deseo grande de recibir aquel divino manjar y estarse saboreando en aquello. De esta manera Dios satisfará el deseo del corazón con aumento de gracia y de caridad, conforme á aquello que él promete por el Profeta: “Dilata tu boca y la llenaré (2).”

(1) Si non dixerunt viri tabernaculi mei (id est, boni Christiani, et timorati): quis det de carnibus ejus, ut saturemur? Job. XXXI, 31.

(2) Dilata os tuum, et implebo illud. Ps. LXXX, 11.

Pero nota aquí el Concilio Tridentino (1) que para que el deseo de recibir este Santísimo Sacramento sea Comunión espiritual, es menester que nazca de fé viva, informada de la caridad. Quiere decir, que es menester que el que tiene este deseo esté en caridad y gracia de Dios, porque entonces consigue este fruto espiritual, uniéndose mas con Cristo; pero en el que estuviere en pecado mortal, este deseo no sería Comunión espiritual; antes, si desease comulgar, estándose en pecado, pecaría mortalmente; y si lo desease, saliendo primero de él, aunque sería buen deseo, no sería Comunión espiritual; porque como no está en gracia no puede recibir el fruto de ella. De manera que es menester estar en gracia de Dios, y tener entonces este deseo es comulgar espiritualmente, porque por ese deseo de recibir este Santísimo Sacramento participa de los bienes y gracias espirituales que suelen participar los que le reciben sacramentalmente. Y aun puede ser que el que comulga espiritualmente reciba mayor gracia que el que comulga sacramentalmente, aunque comulgue en estado de gracia; porque aunque es verdad que la Comunión Sacramental, de suyo es de mayor provecho y de mayor gracia que la espiritual; porque, al fin, es Sacramento y tiene privilegio de dar gracia *ex opere operato*, lo cual no tiene la Comunión espiritual; pero con tanta devoción, reverencia y humildad puede uno desear recibir este Santísimo Sacramento, que reciba con eso mayor gracia que el que le recibe sacramentalmente no con tanta disposición. Y mas; hay otra cosa en esta Comunión espiritual, que como es secreta, y no la ven los demas, no hay ningun peligro de vanagloria de los circunstantes, como le hay en la Comunión sacramental, que es pública. Y mas: tiene

(1) Conc. trident. sess. XIII, c. 8.

otro privilegio particular que no tiene la sacramental, y es, que se puede hacer mas veces. Porque la sacramental hácese una vez en la semana, ó cuando mucho, una vez cada día; pero la espiritual puede hacerse, no solamente cada día, sino muchas veces al día. Y así tienen muchos esta loable devoción de comulgar espiritualmente, no solo cuando oyen Misa, sino cada vez que visitan el Santísimo Sacramento y otras veces.

Y es bueno el modo de comulgar espiritualmente que usan algunos siervos de Dios; el cual pondremos aquí para que se pueda aprovechar de él el que quisiere. Cuando ois Misa ó cuando visitais el Santísimo Sacramento, ó cada y cuando que quisierdes comulgar espiritualmente, despertad vuestro corazón con afectos y deseos de recibir este Santísimo Sacramento, y decid: “¡Oh, Señor, quien tuviera la limpieza y puridad que es menester para recibir dignamente tan gran Huésped! ¡Oh quien fuera digno de recibirlo cada día y teneros siempre en sus entrañas! ¡Oh, Señor, qué rico estuviera yo si os mereciera recibir y traer á mi casa! ¡qué dichosa fuera mi suerte! pero no es necesario, Señor, venir Vos á mí sacramentalmente para enriquecerme; queredlo, Dios mio, que eso bastará; mandadlo Vos, Señor, y quedaré justificado.” Y en testimonio de esto, decid aquellas palabras que usa la Iglesia: “Señor mio Jesucristo, yo no soy digno que Vos entreis en mi morada; mas decidlo Vos, que con vuestra sola palabra mi ánima será sana y salva (1). Si mirar la serpiente de metal bastaba para sanar los heridos (2), también bastará el miraros á Vos con fé viva y con ardiente deseo de recibirlos.” Y será bueno

(1) Domine, non sum dignus, ut intres sub tectum meum; sed tantum dic verbo, et sanabitur anima mea. *Matth.* VIII, 8.

(2) Num. 21.

añadir la Antífona: *O Sacrum convivium etc.* y el verso: *Panem de Cælo etc.* con la oración del Santísimo Sacramento.

CAPITULO XVI.

Algunos ejemplos acerca de la devoción de oír Misa y decir la cada día, y la reverencia con que habemos de estar en ella.

El Papa Pio II (1), y Sabélico cuentan que en la provincia de Histria, que confina con Panonia y Austria, vivía un devoto caballero, el cual era molestado de una grave tentación de ahorcarse, y algunas veces estuvo en puntos de hacerlo. Andando con esta penosa tentación, descubrióse á un religioso letrado y temeroso de Dios, pidiéndole consejo, el cual despues de haberle confortado y consolado, le dijo que tuviese en su compañía un capellan que cada día le dijese Misa. Parecióle bien este remedio, y así se concertó con un sacerdote; y los dos se fueron á vivir á una buena fortaleza que tenía en el campo, donde habiendo un año que por esta santísima devoción vivía en sosiego, acaeció que un día le pidió licencia su capellan para ir á celebrar una fiesta á un pueblo allí vecino con un clérigo amigo suyo: el caballero dió la licencia con intención de ir allá á oír Misa y hallarse en la fiesta; pero por cierta ocasión se detuvo de modo que era ya medio día cuando vino á salir de su fortaleza muy congojado, pensando no hallar Misa, y molestado de su antigua tentación; yendo así fatigado, encontróse con un labrador que venía del lugar, el cual le certificó que eran ya acabados los Oficios divinos: recibió de esto el caballero tanta pena, que comenzó á maldecir su ventura y á decir que pues aquel día no había oído Misa, se tenía ya

(1) Pius II in sua *Cosmographia*, in descriptione *Europae*.

por perdido. El labrador le dijo que no se fatigase, que él le vendería la Misa y lo que delante de Dios había merecido con ella: al caballero le agradó esto, y así se concertaron en que le diese una ropa que traía vestida, la cual él dió de buena voluntad, y con esto se partió el uno del otro. Con todo eso, quiso el caballero llegar al pueblo á hacer oracion en la iglesia; hizolo así, y poco despues volviéndose á su casa, llegando al lugar de la simonia, vió que el labrador se había ahorcado de un árbol, permitiéndolo así Dios, en castigo de su pecado: quedó atónito, y dió gracias al Señor porque le había á él librado; y confirmóse mas en su devocion, y desde entonces quedó libre de la tentacion, aunque vivió muchos años.

Léese en las Crónicas de San Francisco (1), de Santa Isabel, reina de Portugal y sobrina de Santa Isabel, reina de Hungría, que entre otras grandes virtudes que tenía, una era ser piadosa y compasiva de los pobres y enfermos y amiga de socorrerlos; y así se dice de ella que ningun pobre le pidió que no le socorriese; y fuera de esto, tenía mandado á su limosnero que á ninguno le negase la limosna. Teniendo, pues, esta santa reina un paje ó criado de cámara, de quien se servía en la distribucion de estas limosnas y obras de piedad, por ser virtuoso y de buenas costumbres, aconteció que otro paje de la cámara del rey don Dionisio su marido, y muy privado suyo, viendo la privanza que el otro paje tenía con la reina, por envidia que tuvo de él y por caer en gracia del rey, le quiso poner mal con él afirmándole que la reina le tenía mala aficion. Y como el rey vivía no muy honestamente, inducido por el demonio, traía consigo algunos descontentos

(1) P. 2, lib. 8, cap. 28 de las Crónicas de S. Francisco.

y tenía alguna desconfianza de la reina su muger. Por lo cual, espantado de lo que su paje le había dicho, aunque es verdad que no lo acabó de creer, sino que quedó dudoso, con todo eso se determinó de hacer matar á aquel paje secretamente; y saliendo aquel dia á pasearse á caballo, pasó por donde había un horno de cal, que se estaba cociendo, y llamando á parte á los hombres que le daban fuego, les mandó que á un criado de cámara, que él les enviaria allí con un recaudo, diciendo si tenían hecho lo que el rey les había mandado, le arrebatasen luego y le echasen dentro del horno, de modo que allí luego muriese, porque así convenia á su servicio. Venida, pues, la mañana siguiente, mandó el rey al paje de la reina que fuese con este recaudo al dicho horno, para que aquellos hombres pusiesen en ejecucion lo que él les había mandado y así muriese; mas nuestro Señor, que nunca falta á los suyos y vuelve por los que están inocentes y sin culpa, ordenó que, pasando este mozo por una iglesia, tañesen la campanilla de alzar en una Misa que entonces se estaba diciendo; y entrando dentro, estuvo hasta que se acabó esta Misa, y otras dos que se comenzaron luego, una en pos de otra. En este tiempo, deseando el rey saber si era ya muerto, acertó á ver al otro paje de cámara, que era el que le había acusado y levantado el falso testimonio delante del rey, al cual envió muy de prisa al horno, á saber si se había hecho lo que él había mandado; y llegado que fué con el recaudo, como este, conforme á las señas, era el que el rey les había dicho, arrebatáronle luego los hombres, y atándole lo echaron vivo en el horno. En este interin, acabando el otro mozo, inocente y sin culpa, de oír sus Misas, fué á dar el recaudo del rey á los que cocían el horno diciendo si habían cumplido lo que su señor les había mandado, y respondiendo

ellos que sí, él se volvió con la respuesta al rey; el cual así que le vió, quedó como fuera de sí, viendo y considerando que había acontecido este negocio muy al contrario de como él lo había ordenado y mandado. Y volviéndose al paje le comenzó á reprender, preguntándole dónde se había detenido tanto. Entonces el criado, dando cuenta de sí, le respondió: «Señor, yendo yo á cumplir el mandato de vuestra alteza, acerté á pasar junto á una iglesia, donde estaban tañendo la campanilla de alzar, y entrando dentro oí aquella Misa hasta el cabo; y antes que aquella se acabase, comenzaron otra, y otra, y así aguardé hasta que se acabaron todas, porque mi padre me dejó por bendicion, antes que muriese, que todas las Misas que viesse comenzar estuviese hasta el fin. Entonces vino el rey á caer, por este juicio de Dios, en la cuenta de la verdad, y en la inocencia de la buena reina, y en la fidelidad y virtud del buen criado, y así echó de sí la imaginacion mala que de ella tenía.

En el Prontuario de ejemplos se cuenta (1), que en un pueblo vivían dos oficiales de un mismo oficio, y el uno tenía muger, hijos y familia, y con todo eso era tan devoto de oír Misa cada dia, que por ninguna cosa la dejaba, y así le ayudaba nuestro Señor, y le iba bien en su oficio, y le multiplicaba su hacienda. El otro por el contrario, no teniendo hijo ninguno, ni criado, sino solo su muger, siempre trabajaba, de dia y de noche, y aun en los mismos dias de fiesta, y oía Misa muy pocas veces, y nunca salía de laceria, sino que padecía mucha necesidad y pobreza. Viendo, pues, este, que al otro le iba tan bien, haciéndose un dia en contradizo con él, le preguntó

que de dónde le venían tantos bienes y le sucedía tan grande ganancia, que con él tener tanta familia de hijos y muger, nunca le faltaba lo necesario, sino que siempre tenía bastantemente lo que había menester; y él siendo solo con su muger, y trabajando mas, siempre vivía en necesidad y pobreza. A esto respondió el que tenía devocion de oír cada dia Misa, diciendo que él le mostraria el dia siguiente el lugar donde hallaba aquella ganancia; y venida la mañana, se fué por casa del otro y le llevó consigo á la iglesia; y acabada de oír la Misa, le dijo que se volviese á su casa á trabajar. Lo mismo hizo el segundo dia, y las mismas palabras le dijo. Pero al tercero dia, viniendo otra vez á su casa para llevarle consigo á la iglesia, le dijo el otro: «Hermano, si yo quisiese ir á la iglesia, no he menester que vos me lleveis allá, que bien sé el camino; lo que yo deseaba saber de vos era el lugar donde habeis hallado tan buena comodidad para enriquecer y que me llevádeses allá para que yo tambien me pueda hacer rico.» Entonces respondió él diciendo: «Yo no sé, ni tengo otro lugar donde busque el tesoro del cuerpo y el premio de la vida eterna, sino en la iglesia.» Y para confirmar esto, dijo: «Por ventura no habeis oído lo que el Señor dice en el Evangelio: *buscad primero el reino de los cielos y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura* (1)?» Oyendo esto el buen hombre, entendió el misterio, y cayó en la cuenta, y compungido de su pecado enmendó su vida, haciéndose desde luego muy devoto y oyendo de allí adelante cada dia Misa, y así le comenzó á ir bien y suceder prósperamente en todos sus negocios.

Cuenta San Antonino de Florencia (2).

(1) *Promptuarium exemplorum verbo Misa, et in Vita patrum. Et Surius in vita Sancti Joann. Elocmosynarii.*

(1) Matth. VI, 33.

(2) Antonin. 2, p. Theolog. III, 9, cap. 10, §. 2.

que saliendo un día de fiesta de una ciudad dos amigos mancebos para irse á holgar al campo á cierta caza, el uno de ellos tuvo cuidado de oír primero misa y cumplir con el precepto, y el otro no. Yendo, pues, juntos su camino, comenzó á revolverse el tiempo y turbarse el aire, de modo que parecía que el cielo se quería venir abajo y hundir el mundo con los grandes truenos que comenzaron, y muchos relámpagos que venían á toda prisa, con grandes señales de mucha agua; y entre estas y estas se oyó en el aire una voz, la cual oyeron los mismos mozos, que decía: «dale y hiérele.» Quedaron con esta voz atemorizados; pero siguiendo su camino, al mejor tiempo, cuando no se cataron, cayó un rayo, y mató al desdichado mozo que aquel día no había oído Misa. Fué tan grande el espanto y asombro que le dió al otro, que quedó como fuera de juicio, sin saber lo que había de hacer, mayormente, que estaba ya cerca del puesto donde iban á cazar. Finalmente, pasó adelante y prosiguió su camino, y oyó otra voz que dijo: «hiérele, hiérele á ese.» Quedó el pobre muy atemorizado con esta voz, acordándose de lo que había pasado por su compañero; mas oyóse otra voz en el aire, y dijo: «No puedo, porque ha oído hoy el *Verbum caro factum est.*» Entendiendo por esto, que había oído Misa; porque al fin de ella se suele decir el Evangelio de San Juan, donde están estas palabras. Y de esta manera se escapó aquel mozo de aquella tan terrible y repentina muerte.

De San Buenaventura se lee en su *Vida*, que considerando la Soberana Magestad de Dios, que está en el Santísimo Sacramento del altar, y su gran vileza, y temiendo que no recibía al Señor con la disposición que convenia, estuvo muchos días sin llegarse al altar; y un día, oyendo Misa, al tiempo que el sacerdote partía la hostia, una parte de ella se vino á él y se le puso en la

boca. Y haciendo gracias al Señor por este tan incomparable beneficio, entendió que con él le quería enseñar que gusta mas Dios de los que con amor y entrañable afecto se llegan á él y le reciben, que no de los que por temor se apartan y dejan de recibirle; como despues el mismo Santo lo escribió (1). Y lo mismo escribió Santo Tomás (2).

Del santo Fr. Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada, se cuenta que, estando en la córte ocupado en muchos y muy graves negocios del reino, como sus émulos, que eran muchos, no hallasen otra cosa en que le poder acusar, murmuraban algunos porque decía cada día Misa, maravillándose de él que, teniendo tantos y tan árdulos negocios sobre sí, se hallaba tan dispuesto y con ánimo reposado y quieto para celebrar cada día, como si estuviera en el monasterio. Y como el cardenal de España y arzobispo de Toledo, don Pero Gonzalez de Mendoza, un día familiarmente le dijese lo que se decía; respondió el siervo de Dios: «asi es, señor, que porque sus altezas me han puesto en cosas tan árdulas, y encomendado carga que es sobre todas mis fuerzas, no tengo otro refugio, para no dar con la carga en el suelo, sino llegarme cada día al santo Sacramento, para que con eso pueda tener fuerzas para salir al cabo, y dar buena cuenta de lo que sus altezas me han encomendado.»

De San Pedro Celestino, que despues fué Papa, cuenta Surius (3), que poniéndose él una vez á considerar, por una parte, la magestad grande del Señor que está en el Santísimo Sacramento, y por otra, su vileza é indignidad, y acordándose de

(1) Bonav. in tract. de *Exercitiis spirit.* qui *Fasciculus* inscribitur, c. 7.

(2) S. Thom. 3. p. q. 80, art. 10, ad 3.

(3) Surius, in *vita ipsius*, tom. 3.

San Pablo primer hermitaño, San Antonio, San Francisco y otros Santos, que no se habían atrevido á ejercitar el santo misterio de la Misa y Comunión cotidiana, estuvo muy dudoso y perplejo sobre la frecuencia en esto, y abstuvo algunos días con el temor, temblor y reverencia de tan grande Señor, con determinación de ir á Roma á consultar al Papa sobre esto, si le sería mejor abstenerse de celebrar del todo ó algun tiempo. Y yendo con este intento, en el camino se le apareció un santo abad, ya difunto, el cual le había dado el hábito de monje y le dijo: «¿Quien, oh hijo, aunque sea ángel, es digno de este misterio? pero con todo esto aconsejote, que con temor y reverencia celebres frecuentemente;» y luego desapareció.

Cuenta San Gregorio (1), que poco antes de su tiempo acaeció que un hombre fué preso y llevado cautivo de los enemigos á muy lejas tierras, donde estuvo mucho tiempo aprisionado, sin saber ni tener nuevas algunas de él; y como su muger, despues de tan largo tiempo no supiese de él, creyó ser ya muerto, y asi como á tal, hacia cada semana decir Misas y Sacrificios por su ánima. Y era nuestro Señor servido que todas las veces que las Misas se decían por él, se hallaba el pobre cautivo libre de sus prisiones. Aconteció, pues, que no mucho despues de esto, salió el hombre del cautiverio, y volvió á su casa libre; y como entre otras cosas, contase á su muger esta maravilla, espantado y admirado de que en ciertos días y horas de cada semana se le quitaban las prisiones, como está dicho: haciendo la muger la cuenta halló que era en los mismos días y horas que ella hacia ofrecer el Sacrificio y decir las Misas por él. Y añade San Gregorio: «de aquí podeis,

hermanos, colegir cuánta fuerza tendrá para deshacer las prisiones y ataduras del ánima este Sacrificio ofrecido por nosotros.» El venerable Beda cuenta otro ejemplo semejante (1).

San Crisóstomo dice (2) que, por el tiempo que el sacerdote celebra, asisten allí los ángeles, y que en honra del que allí es ofrecido, el altar está rodeado de ángeles. Y dice que oyó contar á una persona fidedigna, que un viejo, gran siervo de Dios, había visto de repente descender gran multitud de ángeles, y estar el altar rodeado de ellos, vestidos de tan resplandecientes ropas que su claridad no se podía mirar, tan humillados como están los soldados delante de su rey. Y asi lo creo yo, dice el glorioso Santo; porque, al fin, donde está el Rey está la córte. Y San Gregorio dice (3): «¿quién duda, sino que en aquella hora en que se ofrece este Santo Sacrificio, á la voz del sacerdote se abren los cielos y bajan juntamente con Cristo aquellos cortesanos del cielo, y está todo aquello cercado de coros de ángeles, que como buenos cortesanos están acompañando á su Rey? Y asi declaran muchos Santos aquello de San Pablo, que mandando que las mujeres estuviesen en la iglesia cubiertas las cabezas, da la razon: «Por amor de los ángeles (4).» Porque por estar allí el Santísimo Sacramento, dicen que hay allí ángeles que le reverencian y respetan. San Nilo escribe (5) del mismo San Juan Crisóstomo (que fué su maestro) que cuando entraba en la iglesia, veía gran multitud

(1) Beda lib. 4, *Histor. Anglieanae*, cap. 21 et 22, et Tilman. Bredembruch. lib. 1. *Collat. Sacr.* cap. 4.

(2) Chrysost. lib. 7 de *Sacerdotio*.

(3) Greg. lib. 4. *Dialogorum*, c. 50.

(4) Propter angelos. I. ad Cor. XI, 10.

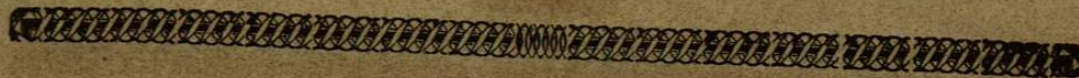
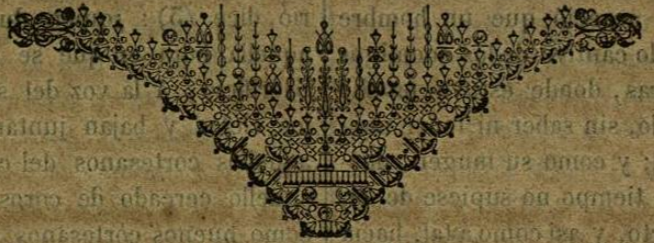
(5) Nilus in *Epist. ad Anastasium episcop.* in *Biblioth. Sanctorum Patrum*. Et refert etiam Turrian. *trat. 2 de Eucharist.* c. 2.

(1) Greg. hom. 37 sup. *Evangelia*, et lib. 4. *Dialogorum*, cap. 37.

de ángeles vestidos de blanco, los pies descalzos, y encorvados sus cuerpos por la gran reverencia, con sumo silencio y como asombrados de la presencia de Cristo nuestro Dios y Señor en este Sacramento. Conforme á esto dice el glorioso Crisostomo: «cuando te hallas delante de este divino Sacramento, no has de pensar que estas entre hombres en la tierra; por ventura, no sientes la vecindad de aquellos escudrones celestiales de querubines, serafines, etc., que asisten ante aquel gran Se-

ñor de cielos y tierra (1)?» Y así dice: «estad, hermanos, en la iglesia con gran silencio, con temor y temblor; mirad de la manera que están los criados de un rey delante de él, qué modestos y serenos, con cuanta reverencia; no hay quien allí se atreva á hablar una palabra, ni á volver los ojos de una parte á otra; y aprended de aquí de la manera que habeis de estar delante de Dios.»

(1) Chrysost. lib. 3 de Sacerdotio.



## PARTE TERCERA.

DEL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES QUE PERTENECEN AL ESTADO RELIGIOSO,  
Y OTRAS COSAS QUE AYUDARÁN Á LA PERFECCION.

AL LECTOR.

AUNQUE en la primera y segunda parte de esta obra, habemos tratado materias acomodadas á la vida y profesion religiosa, en esta tercera tratamos mas en particular las cosas que propiamente pertenecen al religioso, y otras que grandemente nos ayudarán á conseguir el fin y perfeccion que en la Religion profesamos; por lo qual la intitulamos: *Ejercicio de Perfeccion y Virtudes Religiosas*. Pero con todo eso, están de tal manera dispuestas y declaradas, que pueden tambien ser de mucho provecho para cualquiera que tratare de alcanzar virtud y perfeccion de su alma. Porque el tratado primero, del Instituto y fin de nuestra religion, materias generales abraza; cuales son: el ejemplo de la buena vida, el celo de la salvacion de las almas, el desconfiar de nosotros y poner toda nuestra confianza en Dios. Tambien el corregir y desear ser corregido, y dar cuenta de la conciencia á su confesor y padre espiritual, de que hacemos otros tratados, á todos pertenece. Y generalmente todas las demas virtudes, de que en esta parte hablamos, su lugar tienen en todos estados, ó bien quitando las demasias á que los vicios contrarios inclinan, ó bien poseyéndolas con el afecto virtuoso de la voluntad, quando no dan lugar á ponerlas en obra las obligaciones particulares del estado de cada uno. Confio en el Señor que, leyéndolas, el religioso se despertará á vivir con mas aliento y cuidado, conforme á su profesion; y el seglar se animará á imitarlo, en quanto su estado le diere lugar, creciendo los unos y los otros cada dia en fervor y sirviendo mas de veras á Dios nuestro Señor.

Alonso Rodriguez.

